

Pregón
de
Semana Santa

AÑO 1991

MANUEL ENRIQUE
GÓMEZ FERNÁNDEZ

Este Pregón va dedicado a mi Padre D. José Gómez Serrano, que de haber estado presente en el desarrollo del mismo hubiera brillado con luz propia.

A mi Madre Doña Ángela Fernández Cuerda, que ha inspirado en mí cada una de las palabras que le he dirigido a la Virgen.

Y a mi Esposa M.^a de los Reyes Montero Guzmán, que como esposa, madre y compañera me ha apoyado desde los comienzos de este Pregón.

Allá por el mes de junio, la Junta de Hermandades de Palma del Río me envió un saluda, en donde se me invita a ocupar el puesto de Pregonero de la Semana Santa 1991.

Al final del saluda el presidente se despedía diciéndome textualmente: Esperamos nos concedas el honor de aceptar.

Terminada la lectura, la Semana Santa 1991 de Palma del Río, ya tenía Pregonero, porque el honor me lo hacían a mí, la Junta de Hermandades al elegirme, y acepté tan rápido porque pensé que hablar de Semana Santa para la gente de mi Pueblo sería muy emocionante y os confieso ahora que estoy ante ustedes, que no me equivoqué en aquella tarde de junio.

El reto era desafiante y más con mis antecesores que pusieron a su paso por esta sala el corazón en cada una de sus palabras.

Pero no obstante y esperando que los nervios no me traicionen me presento ante ustedes para deciros lo que es para mí y como vivo yo la Semana Santa Palmeña.

Yo no vengo a contaros ni a daros un repaso histórico de lo que es nuestra Semana Santa, porque pienso que

los libros y los documentos que tienen Nuestras Hermandades lo explicarían mejor que yo, y sin duda quedaríais más informados.

Yo he venido aquí esta tarde a contaros de forma clara mis sentimientos, mis inquietudes y mis vivencias de la Semana Santa de Palma del Río.

En nuestra ciudad, las primeras demostraciones de fervor que se dan en torno a la Semana Santa, comienza con la traída del Cristo de la Salud desde Pedro Díaz hasta la Parroquia de San Francisco. «El Cristo de la Salud». El Gallareto. Recuerdo que de niño una de las veces que íbamos a esperar al Cristo al puente de la Alegría con mi familia, le comenté a mi Madre «Mamá mira El Gallareto» y ella me contestó muy en su papel: niño no seas irreverente. No, no fuí irreverente.

Mira si es humilde este Cristo que es el único que consiente un apodo, mira si es humilde que deja la Ciudad y se va a la Huerta, mira si es humilde que viene acompañado y se va solo, y no por ello se molesta, porque Él es así, claro, transparente como la gente del campo, porque Él suda y trabaja como ellos, Él sufre en silencio.

MIRA SU CARA, MIRA SU CUERPO, MIRA ESA CRUZ QUE LO TIENE DESHECHO.

- ¿Quién te puso ese madero?
- ¿Quién te clavó las manos con esos hierros?
- ¿Quién te clavó los pies?
- ¿Quién te rompió el costado derecho?
- Dímelo pronto Padre mío, y pondré remedio,
- Que aunque soy un campesino, aún me quedan fuerzas para bajarte de tu madero.

Y ÉL se resigna, y con paso calmado y sereno parece que nos mira con esa mirada que llena el cielo. Y le dice al peregrino que minutos antes estaba tan inquieto.

- Déjame morir que no tengo miedo.
- Que si estoy en esta Cruz es para daros consuelo.
- Yo la llevo por fuera y otros la llevan por dentro.
- Mamá, mira si es humilde «El Gallareto».

De este día de peregrinación a Pedro Díaz, en donde hemos visto la sencillez y la ternura de ese Cristo lleno de esperanza y amor, pasamos al Domingo de Ramos, Jesús entra Triunfal en Jerusalén. A lomos de una Borriquita se hace querer entre la gente.

Y mirad que cosa tan curiosa, que en Palma del Río a Jesús lo acompañan los niños. ¿Qué es lo que más se quiere en esta vida? a los hijos, pues bien, nosotros los enviamos a que reciban a Jesús, a que con Palmas y ramitas de Olivo reciban a Jesús. Hacemos protagonistas a los pequeños porque sabemos que a Él le va a gustar y porque le estamos ofreciendo el bien más preciado que tenemos.

Él entra en Jerusalén, sabe que va a ser su último paseo entre la gente, va a recorrer las calles y parece que piensa: Voy a despedirme, quiero que me vean así, ya que dentro de muy poco mi imagen será distinta. Y Él lo sabe, aguanta ese temor porque los niños están cerca de Él. Esos niños de rojo y blanco que ilusionados se contonean de mil formas para mover su capa y que con miradas picarescas dejan ver una sonrisa blanca y dulce. Porque ellos no llevan capirote, eso es para el penitente, ellos van de fiesta con un amigo que se llama Jesús y es

poco más grande que ellos. Así es como veo yo a Jesús en Domingo de Ramos, a un hombre lleno de angustias pero totalmente aliviado ante la presencia de los niños que cuando sean hombres nunca olvidarán este día.

Pasamos al Martes Santo, este día viene representado en la Semana Santa Palmeña, por la Hermandad de la Oración en el Huerto, Nuestro Padre Jesús Cautivo y María Santísima de Palma y Esperanza. Pero popularmente se le conoce como la Hermandad de los Novios. Es curioso que el fervor popular bautice a esta Hermandad con el nombre de Hermandad de los Novios. Y es porque en este pueblo las Hermandades tienen nombre propio, nombre que a través de los años se convierte en tradición, amor y respeto hacia sus imágenes.

Sobre esta Hermandad escribí hace tiempo estas letras:

Noche oscura de Primavera
que derramas embrujos y leyendas
con tu aire de calma inquieta
ves en tus calles a una Virgen Palmeña.
Es Nuestra Señora de Palma y Esperanza
que con el Cautivo se pasea.
Llevando delante al Huerto
que más tarde le dio tantas penas.

La Oración en el Huerto es donde se representa a Cristo rezando como despidiéndose de este mundo, por un lado triste y por otro contento, porque sabe que ya mismo estará a la Diestra del Padre, porque sabe que con este sufrimiento va a redimirnos y a perdonar nuestros pecados, como perdonó a Pedro cuando lo negó ante el

Centurión, y a todo esto la imagen de un Ángel que con sus alas protectoras parece proteger las plegarias de Nuestro Señor.

De inmediato Nuestro Señor, nuestro Cristo aún hombre, se convierte en Cautivo, en un preso, preso de la codicia humana.

No hace muchos años, unos desarmados aprovechando la paz y el sosiego que se respira en nuestras Iglesias, atentaron contra la Parroquia de San Francisco, arrasaron, quemaron y se ensañaron contra la Imagen del Cautivo.

Cortaron sus cabellos, rasgaron sus vestiduras, en su rostro se burlaron, abrieron sus heridas y las profanaron.

Y preso con fuerte atadura, burlado y macerado, salió el Cautivo en Procesión ese año. Y estoy seguro que aquellos desarmados vieron su imagen de hombre torturado, arrepentidos, que no quede duda, arrepentidos abrazados lloraron.

Jesús Cautivo se convierte porque Palma así lo quiere, en modelo de vía de 40 Jóvenes. De la noche al día 40 mujeres se convierten en porteadoras de Jesús Cautivo y a Él que no le desagrada se entrega a esas mujeres que ayer fueron niñas, hoy jóvenes y mañana serán madres. Y orgulloso se posa en los hombros de esas mujeres que palmo a palmo y con su sudor lo van llevando por la calle. Y en el silencio de la noche se oye un balbucir de una mujer que le está diciendo:

Padre mío me da miedo quererte como te quiero
si aún no soy madre y ya estoy sufriendo.

Si te llevo a la Muerte porque me lo estás

[pidiendo

déjame al menos que sea para Tí mi primer

[beso.

Y Jesús le contesta:

Dámelo si quieres, pero que nadie te vea lo que estás haciendo, porque en este mundo no está permitido besar a un preso.

Ese es nuestro Jesús Cautivo, que desde lejos está sintiendo la amargura de su Madre de esa Madre a la que nosotros bautizamos con el nombre de María Santísima de Palma y Esperanza, y perdonar que me exceda con esta Virgen, pero como dice el dicho «aquí hay que descubrirse» porque es la Virgen más Guapa que yo jamás nunca ví, se llama María es Madre, Esperanza y Palmeña y con estos atributos no me queda más remedio que emborracharme hablando de Ella, y para consolarla de ese dolor que la embarga, la miro a la cara, le veo llorar y le digo:

Quiero secar tu amargura
sirviéndote de pañuelo
consolarte paso a paso
y volviendo a ser tu costalero.

Quiero ir a tu paso
en esta noche de luna llena
ocultándome en tus entrañas
y rezándote desde mi trabajadera.

Cómo podría decirte lo que te quiero
si no existen medidas
si tu amor es como el cielo
que cuanto más azul, más brilla.

Alhambra en tu pelo
en tus labios, la Mora Mezquita
en Tus ojos la Torre del Oro
y en Tu cara la Giralda de Sevilla
y en Tu corazón Virgen Mía
todo ésto y algo más que yo pondría.

Como no decirte que te quiero si tu lo eres todo en
mi vida.

Amapolas en Tu pecho
en Tu Manto clavel y azahar
y en Tus pies, el susurro de mis labios al rezar.

Que no digan que su Pueblo
nunca supo mirarla
que la llevan como a una niña de la mano
Costaleros de Palma.

Por primera vez he nombrado la figura del costalero, polémico personaje, para uno es tan inverosímil su papel que llegan hasta el punto de la crítica, para otros el costalero resulta simple atractivo. Para mí es un personaje tan humano y bondadoso, que es por yo haberlo sido una de las cosas más gratas que he hecho en mi vida.

Un costalero no se mete debajo del paso porque quiere, se mete porque la Virgen lo llama, porque Ella los elige.

Yo he visto a mi Virgen pálida como un lirio cuando estaba sola y cuando sus costaleros le han cogido, el lirio se ha convertido en rosa, yo he visto a la Virgen angustiada y con una mecía le ha cambiado la cara.

Yo he visto a mi Virgen triste y la he visto sonreír con una levantada, y he visto tantas y tantas cosas en mi Virgen que ya no me quedan palabras, pero antes de despedirme de Tí te voy a decir Guapa, Guapa, Guapa.

Que no nacieron las estrellas
hasta que Tú no levantastes la cara.
Que la luna dibujó su blancura
en tu mirada.
Y que el sol salió, cuando a Tí te dio la gana
y yo te repito Guapa, Guapa, Guapa.
Que las mimosas del parque se prendan de
[Tu Manto

y que se pare la noche.
Que no hay prisa en encerrarnos
y cuando nadie te diga nada
y estés solita en tu morada
siempre habrá un costalero
que te diga Guapa, Guapa, Guapa.

Ese Cristo a quien antes llamé «Gallareto» sale de la Plaza de San Francisco, ha estado varios días en el Templo, respirando ese aroma de especias y adornos con clavetes rojo de fuego, cuidado y mimado como si de un niño se tratase. Sale a la Plaza, va a recorrer su Pueblo y va a ver el amor tan grande que hacia Él se siente. El sentir Palmeño en la tarde de Miércoles Santo está ocupando poco a poco el corazón de Nuestro Cristo de la Salud. Mirad que nombre tan Divino «Salud» que palabra tan corta y que grandeza encierra. Que paradoja que un hombre en la Cruz, destrozado, atormentado y deshe-

cho por el sufrimiento represente para nosotros al Cristo de la Salud.

Salud Padre mío, Tú que alivias el dolor
[humano
que con Tu Fe haces crecer la mía,
que con Tu dolor haces a los hombres hermanos
y con Tu pena alivias mi herida.
Salud Padre mío, Tú que con Tu Sangre
[lavastes mi padecer
haz que vuelva en mí a nacer
aquello que de niño por Tí sentía.

Pero esta tarde nuestro Cristo de la Salud no va sólo, esta tarde en su agonía lo acompaña de cerca su Madre María Santísima de la Concepción, Virgen Inmaculada, esposa de San José y Madre de todos los hombres, que por su ejemplar vida, por su proceder, por esa bondad que una Madre puede darnos es Concebida por obra y gracia del Espíritu Santo para ser la Madre de Cristo Nuestro Señor.

Mujer sin mancha, sin pecado, sin nada que pueda enturbiar su vida es elegida por Dios para ser Madre de Jesús.

Ella que detrás va contemplando como su hijo es insultado y golpeado por los hombres, clava su mirada en la Cruz y recuerda a su Hijo, a su Hijo de niño, a su niño Jesús, ese niño que como todos los pequeños, le quitó sueños, lo cuidó en la enfermedad, le dio de comer y lo vistió. Y recuerda como lo estrechaba en sus brazos, como lo besaba, como quería a su niño Jesús. Hoy ese

niño tiene 33 años y lo está viendo morir en la Cruz. Y esa Madre mira al Cielo y humildemente le dice a Dios:

Me elegistes entre todas las mujeres
para ser Madre de Tu Hijo
limpia y pura me concebistes
e Inmaculada agradecía Tu designio.
Aquel embarazo Divino.
Llenó mi casa y mi alma de inmensa alegría
y en humilde morada a este mundo vino
un hermoso niño, llamado Jesús, hijo de María
creció a mi vera y con Él todo lo compartí.
Desconociendo la pena, aprendí con Él
[a ser Feliz
se hizo hombre y sin Yo poderlo evitar
quise parar el tiempo y el tiempo no se quiso
[parar
y aquel niño Jesús, aquel que me distes
[como Hijo
hoy va clavado en un Crucifijo
y Yo voy llorando detrás
si éste es el precio que tengo que pagar,
como esclava que soy tuya no te lo voy a negar.

Pero en esta tarde serena y azul, no permitas nunca Dios Mío que una Madre vea a su Hijo como yo estoy viendo a mi niño Jesús.

Seguimos por este camino de la Pasión del Señor y nos encontramos con la culminación máxima del dolor, del dolor del Hijo, del dolor de Madre, de una Madre atormentada por el sufrimiento impotente ante la injusticia del hombre, del hombre necio y ambicioso que más

tarde él también recibiría el perdón, el perdón de Cristo y el perdón de su Madre.

¿Quién sería capaz de perdonar a alguien que ofende a nuestros Hijos? Somos capaces de perdonar y de olvidar nuestras ofensas pero la de nuestros hijos, eso ya es más difícil.

Sin embargo Ella sí lo hace, y nosotros que reconocemos este esfuerzo la llamamos Nuestra Señora de los Dolores.

No podemos imaginar la angustia que esta Madre está padeciendo viendo a su Hijo torturado y humillado. Pero aún así Ella no lo abandona en ningún momento, sufre en el Calvario y espera agonizante que Cristo su Hijo sea bajado de la Cruz para lavar sus heridas, para tapar su desnudez, y para darle aunque ya muerto unas palabras de aliento, y le habla porque para Ella su hijo no ha muerto y nosotros que vemos ese inmenso dolor le decimos:

- Virgen de los Dolores.
- Que con tanta pena me miras.
- Madre de mis amores.
- Dejame que alivie tus heridas.
- Dejame que seque tus lágrimas una por una.
- Dejame que te acompañe en esta tarde de amargura.
- Que también tengo hijos.
- Y comprendo tu desventura.

Y esa Madre Dolorosa en tarde de Jueves Santo, de caminar tembloroso y pausado, de pecho desgarrado con puñales, el corazón se le atraviesa.

Su Hijo, que delante va hacia el suplicio, cerrando los ojos le habla a su Madre y le dice:

- Mamá, Tu sabes que te adoré cuando era niño.
- Que ni sabía pronunciar tu nombre.
- Pues con más ilusión y más cariño.
- Que de niño te adoré.
- Te adoro ahora que soy hombre.

Y ella, esa Madre Dolorosa, lo escucha y es el único consuelo que tiene, su Hijo la quiere, y todo el dolor que padece es recompensado, porque su hijo la quiere.

Ese Hijo, que con nombre en mayúsculas es bautizado por el Padre como «Cristo de la Expiración»: Que viene a borrar, a purificar, a reparar los malos procederes de la Humanidad. Cristo redimirnos. En esa Cruz, donde a pesar de tantísimos sufrimientos, sus últimas palabras, en una inmensa agonía, son para decirle al Padre, que nos perdone, que no sabemos lo que hacemos.

- Cuando en la calle te ví
- no fuí capaz de levantar la cara
- la vergüenza que yo sentí
- me la hizo clavar en el suelo la mirada.
- Si te mataron por amar
- y por salvarnos te condenaron
- como te miro yo
- que para evitarlo no hice nada.
- Déjame que en tus pies ponga un beso.

Y Cristo, que está seguro de ese rezo, que sabe que se lo he dicho de corazón, vuelve a perdonarnos. Gracias Padre mío, gracias por ese perdón que me ha dado tantos momentos felices. Estoy tan entregado a tí, que este año cuando te vea en la calle, voy a acercarme a tu vera y te voy a decir en secreto:

- El perdón que me distes
- lo conservo aquí muy adentro
- y esta noche triste
- a consolarte vengo.
- Comparte conmigo Tu sufrimiento
- dame esa corona que rodea Tu cabello
- reparte tu dolor con este pueblo
- que al igual que yo, te ofrece su pecho.

Pero Él sigue con su dolor, convencido de que desde hoy, vamos a ser un poquitín más buenos; y en su corazón atormentado, surge una llama de felicidad, porque sabe que reconocemos el porqué de su muerte.

Ya es madrugada en Palma del Río. Son las cinco de la mañana, y en la puerta del Hospital de San Sebastián, como se suele decir «no cabe un alfiler»: Penitentes, hermanos nazarenos, devotos, curiosos, jóvenes que han buscado en nombre de Jesús, un pretexto para trasnochar.

Pero todos, todos, vienen a ver a Jesús.

El pueblo no ha dormido, para esperar en la calle a Jesús. Un grito se escapa, al ver aparecer en la puerta de tan venerada capilla, la imagen de Jesús Nazareno. Jesús ya está en la calle.

Lento, majestuoso, acompasado es su paso por las calles de Palma.

Su divina figura humana, es la más plástica representación del trabajo, de la pena y la tortura que la humanidad a la que Él redimió, sufre en este destierro de la vida.

Su divino cuerpo macerado, sin sangre, agotando el resto de sus energías para llevar el pesado instrumento

con el que el hombre cometiera tan horrible crimen. Es Cruz como si se tratase de un malhechor, le dan para su humillación, para que la burla aún sea mayor, esa cruz que por calles pedregosas y empinadas cuestas, es testigo de su agonía. Pero Jesús ya está en la calle y reúne a su alrededor decenas de nazarenos, que de túnica morada, no han dormido esa noche, para que cuando Jesús salga, sean los primeros que con su penitencia y rezos, le ayuden en el camino del Calvario.

El alba ya está cubriendo con su frescor primaveral, el camino procesional que va ganando metro a metro la calle. De pronto un silencio reina entre la multitud: Un saetero. «Un saetero a sorprendido a Jesús con su canto, como si de un asalto se tratase. Jesús se detiene; se vuelven las miradas y se escucha una saeta de esas que rompen gargantas.

- Nazareno, perdona que entorpezca tu paso, pero es preciso que escuches mi canto; y lo que tengo que decirte, tienes que oírlo en madrugada de Viernes Santo.

- Nazareno; la sed que Tú pasas, yo también la paso.
- El peso que Tú llevas, a mí me está pesando.
- Y cuando te azotan, a mí me están azotando.

Nazareno, esto es lo que tenía que decirte, en madrugada de Viernes Santo... Y emocionado se retira el saetero, para seguir acompañando a Jesús. Estas son las cosas que se ven en el Paso de Jesús cuando recorre las calles de Palma. Que, a través de los años y acudiendo este día, estoy seguro que entre todos nosotros, le haremos menos penoso el camino del Calvario, a Jesús.

Campanas suenan en la torre, un manto negro cubre

el corazón de los hombres de buena voluntad; todo ha terminado; «Cristo ha muerto», ¿qué será de nosotros?, ¿qué sentido tendrá desde ahora la vida?, ¿qué esperanza nos queda, si ya acabó todo?, si el que era nuestro maestro ya no nos va a aliviar con sus enseñanzas, si nos ha dejado solos y descarriados. ¿Qué sentido tiene nuestra existencia?, ¿a quién vamos a ofrecer nuestras ofrendas?, ¿a quién vamos a implorar en los momentos de angustias?, ¿quién escuchará nuestros rezos?, ¿a quién vamos a ofrecer nuestras ofrendas?, sin Cristo ya no tenemos nada que ofrecer, ¿cómo vamos a seguir con este vacío tan grande que nos ha dejado?

Y lo peor de todo, es que Cristo es irrepetible, no se puede sustituir. Hoy el mundo entero está de luto.

- Adiós Señor que vas muerto
- en tu caja de Cristal
- mis ojos no pueden verte
- de tanto y tanto llorar.
- Ya faltan en mis ojos.
- lágrimas con que llorar
- al ver que dando la vida
- salvas a la humanidad.
- Lloran la tierra y el cielo.
- Lloran las nubes y el Sol
- lloran pájaros y flores
- por la muerte del Señor.
- Adiós Señor que vas muerto
- en tu caja de Cristal
- mis ojos no pueden verte
- de tanto y tanto llorar.

Si en Palma hay pasos respetables, que no hay duda de ello, el paso y la imagen de nuestro Santo Entierro ocupa un lugar privilegiado. A mí, personalmente, me infunde una especie de respeto y un temor extra, que nunca he sido capaz de asomarme al paso y subir la cabeza más allá de la canastilla.

Y es que cuando lo veo, no puedo evitar un escalofrío que me pone el bello de punta; y seguramente será porque no podré entender nunca como un hombre de la valía y la bondad de Cristo, está así de esa forma, tendido y muerto; esa forma en la que todos hemos contribuido a ponerlo.

A la solemnidad de este paso hay que unirle el de todos sus hermanos, porque ellos también van de luto, de este luto negro y profundo que rodeado de esparto hace más doloroso el camino al penitente. Porque ellos ya no tienen esperanza, no es como en las otras procesiones que aunque el tormento todo lo invade aún existe la posibilidad del consuelo de la esperanza.

Pero aquí no, no porque Cristo ya está muerto y en Santa Procesión lo llevan a la sepultura, a esa losa fría en donde enterramos a la Bondad, al Amor, a todas esas cosas buenas que hay en esta Tierra.

Yo con mi torpe pluma y con su consentimiento, le dedico una poesía a esos costaleros y a ese capataz que están siendo testigos presenciales del entierro de Cristo.

Lejano como un recuerdo
dudoso como una sombra
hombre de puro nervio
ecijano de nacimiento.
Hoy me quiero meter

en tu oscuro pecho
donde hay tantas llagas
y pocos consuelos.

Pero esta noche
cuando por tu voz caminemos
yo me voy a entregar
a tí por completo
mi oído con tu garganta
serán dos gemelos
porque tú me estás enseñando
a ser costalero.

Porque eres hombre justo y experto
porque a veces te gustaría
estar dentro con nosotros
con tu recuerdo de costalero
para alentarnos
cuando el ánimo es estrecho
cuando las fuerzas nos faltan
cuando no hay aliento.

Por eso yo te quiero ver
fuera a tres o cuatro metros
llevándonos por las calles
de éste que ya es tu pueblo.

Capataz de vos firme y paso cierto
que suerte la tuya
que yo no lo veo
y tú lo estás viendo
que recibes su calor y yo su peso
tú los aplausos

y por mi cara
lágrimas corriendo.

Pero en el fondo Él sabe
que los dos somos costaleros
que tu corazón no está fuera
que está dentro
que sin moverte
lo estás meciendo
como se mueve una amapola
en campo abierto
sin prisas, sin enojos
sin aprietos,
como sólo lo saben mecer
costaleros del Santo Entierro.

Hemos visto como Cristo es acompañado siempre por su Madre, desde que comienza el camino de la pasión hasta su Muerte, su Madre no lo ha abandonado en ningún momento. Esa Virgen María a la que gustosamente la hemos llamado Nuestra Señora de Palma y Esperanza, a la que luego bautizamos con el nombre de María Santísima de la Concepción, más tarde la llamamos Nuestra Señora de los Dolores y que acompañando a Jesús Nazareno se convierte en María Santísima de la Piedad.

Aquí es donde se aprecia que el fervor mariano cambia el nombre de la Virgen según vamos recorriendo el camino de la pasión.

En todas las imágenes de nuestras Vírgenes hemos visto el dolor, la amargura, la pena y todo aquello que conlleva la muerte de un hijo. Pero si hay un matiz,

recojo todos los nombres dados y la llamo Nuestra Señora de las Angustias.

Madre de las Angustias
que sola vas por el camino
faltándote el aire al respirar
ante el sufrimiento de tu Hijo.

Apenada Señora mía
que pronto vestirás de luto
cuando la noche venza al día
apartarán de tí Tu mejor fruto.

Que tristeza hay en tu nombre
porque no te pusieron sólo María
que Angustias llevo en mi corazón de hombre
y no quiero angustias para tí Virgen mía.

En su rostro María Santísima lleva reflejada la angustia de todos los hombres, y en su corazón triste, siempre, siempre triste la pena del marginado, del niño que por la ambición del hombre pasa hambre, del soldado que sin saber porqué, pasa miedo, del anciano que es rechazado por los suyos, del caminante que no encuentra su camino, de los pobres que cobijados en un portal pasan frío, y porque no decirlo, de esos jóvenes que con la droga perdieron pronto su alma de niño.

Esto es lo que me dicen a mí los ojos de María Santísima, esos ojos de mirada serena que parecen pedir siempre perdón. Que pena, que pena tan grande que un rostro tan hermoso esté ensombrecido por nosotros.

Pero desde aquí desde esta tribuna voy a intentar aliviar tu pena diciéndote de esta manera:

Voy a convertir tu angustia
en canto y alegría
elevándote una salve
y bendiciéndote mil veces. Madre mía
voy a cambiar tu dolor
ofreciéndote mi vida
dándote mi amor
y mi alma en este día
y si te sirve de consuelo
darte un beso quiero
para decirle al mundo entero
que ese beso te lo dio Tu Pregonero.

Ahora queridos amigos os voy a pedir un favor, os voy a pedir a todos vosotros un aplauso. Hemos aplaudido a esta banda de música que tan magistralmente nos está deleitando esta tarde, hemos aplaudido a nuestro presentador que tan amablemente se nos ha dirigido, y generosamente me habéis aplaudido a mí. Pues bien, yo os pido ahora un aplauso, el aplauso más grande que se puede dar, un aplauso que se oiga en el Cielo, «PORQUE CRISTO HOY HA RESUCITADO».

Hoy es fiesta porque Cristo ha subido a los cielos, el mundo entero se viste de gala celebrando la Resurrección del Señor. Se acabaron para Él las calamidades terrenas, y si nuestras conciencias están tranquilas, no hay que temer nada porque Él desde arriba ha visto como nosotros también hemos sufrido una pasión con su muerte, y los hemos acompañado por ese tortuoso camino. Vamos a procurar en no molestarlo demasiado, porque en estos tiempos también hay pecado y aunque Él ya esté a la Diestra del Padre, también sufre cuando nos ve

por el camino del mal, vamos a evitarle ese sufrimiento y no hagamos de nuestras vidas otro Calvario para nuestro Señor.

Con estas palabras pongo fin al Pregón de Semana Santa de 1991, sólo me queda agradecerle su amabilidad y paciencia, y decirle que todas y cada una de estas palabras me han salido del corazón, de un corazón no muy puro pero sí sincero.